

Fecha de recepción: marzo 2021
Fecha de aprobación: abril 2021
Fecha publicación: mayo 2021

Intercambiar para habitar: ciclos vitales y generaciones materiales en la casa. Aportes de Annette Weiner en una etnografía doméstica en Buenos Aires

María Florencia Blanco Esmoris⁽¹⁾

Resumen: En este artículo analizo la experiencia habitacional de Luisa, una profesional de sectores medios residente en Morón Sur (Municipio de Morón, Provincia de Buenos Aires, Argentina), quién al intercambiar de “casa” restaura su vínculo con el habitar. Me focalizo en vivencias pasadas y presentes para dar marco a los sentidos que ella elabora y, de alguna manera, se encarnan en su vivienda, ciclos vitales e hitos biográficos mediante. Con este fin recupero la propuesta de Annette Weiner (1976, 1980) orientada a considerar el modo en que la experiencia humana se incrusta en diversas materialidades. Con base a este análisis y como aporte propio refiero a la categoría analítica de *regeneración afectivo-habitacional*.

Palabras clave: ciclo vital - casas - regeneración - etnografía - Weiner.

[Resúmenes en inglés y portugués en las páginas 115-116]

⁽¹⁾ María Florencia Blanco Esmoris es socióloga y candidata doctoral en la Antropología Social en la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Investiga los procesos de desigualdad social, el análisis de la cultura material y los estudios sobre la vivienda. Co-coordina junto a María Jazmín Ohanian el Grupo de Estudio y Trabajo Cosas Cotidianas (Cultura Material). Correo: flor.blancoesmoris@gmail.com

Introducción¹

‘Regeneración’ se refiere a la atención y el significado cultural que se da a la renovación, el resurgimiento, el renacimiento o la recreación de entidades previamente reproducidas. Estos elementos de valor incluyen a los seres humanos, las relaciones sociales, los fenómenos cosmológicos como los antepasados, y los recursos como la tierra, los objetos materiales, los nombres y los adornos corporales (Weiner, 1980, p. 71) (Traducción propia).

“Dar vida a la casa” fue la frase mediante la cual Luisa sintetizó la necesidad de reconectar afectivamente con su habitar en Morón Sur (Municipio de Morón, Provincia de Buenos Aires, Argentina). Si bien para ella su “casa”² familiar fue el anclaje por excelencia desde el cual armó y proyectó quién era y qué deseaba, ahora se encontraba en una encrucijada. Amén de sus esfuerzos por “sentir propia” su vivienda, notaba que tanto sus experiencias cotidianas, las espacialidades afincadas en la edificación y sus objetos desperdigados por la casa tensionaban sus intentos por regenerar un tipo de ligazón con ese hábitat. Me pregunto entonces ¿cuáles son las experiencias vitales de Luisa con relación a su habitar y a su vivienda? ¿Mediante qué cosas³ y quehaceres se regenera dicho vínculo?

En su investigación etnográfica en las Islas Trobriand (oficialmente llamadas Kiriwina, situadas Papúa Nueva Guinea), Annette Weiner (1976, 1980), advierte que los procesos culturales de regeneración y de renacimiento implican enormes esfuerzos, energías y recursos para asegurar la reproducción social. Weiner (1980) entiende que para llevar delante de manera exitosa esa empresa es necesario conjugar los ciclos de la vida humana (*life cycle*) y las trayectorias vitales de los recursos materiales e inmateriales. El interés de la antropóloga estadounidense se centra en comprender tales tácticas de revitalización en el marco de procesos sociales –positivos o contradictorios– y el modo en que objetos entran y/o salen en tales acontecimientos (Ohanian, Faccio y Blanco Esmoris, 2020). En este marco y aun en ámbitos reconocidos como reproductivos, las mujeres producen valor al desplegar un conjunto de actividades doméstico-productivas cuyos efectos, trascienden el lugar en donde se realizan y a partir de las cuales manufacturan bienes y objetos. De esta manera, Weiner concibe que los objetos no pueden separarse de la experiencia humana (1976, p. 231).

Con base a mi etnografía sobre los modos de habitar la vivienda para familias los sectores medios⁴ realizada en Morón, en este artículo retomo la propuesta de la antropóloga estadounidense Annette Weiner (1976, 1980) para analizar las experiencias cotidianas y residenciales de Luisa. Luisa resulta ser la protagonista y artífice de un conjunto de prácticas (criar, cuidar, plantar, cambiar, entretener, entre otras) que hacen posible el sostenimiento de su casa y de otras, contribuyendo a ciclos vitales y trayectorias materiales. Me interesa pensar entonces, uno de los tantos ciclos posibles que puede tener una casa⁵ y la manera bajo la cual Luisa re-elabora una relación con su habitar a partir de dos movimientos. El primero, orientado hacia el intercambio de su casa con su hijo y su nuera y, el segundo, enfocado en diversos objetos y prácticas que según ella le “dan paz”. Estas acciones, que comprenden experiencias habitacionales previas y relatos memoriosos sobre otras casas que ella habitó, me habilitan a pensar en un tipo de *regeneración afectivo-habitacional* que elaboran las personas para reconectar con su habitar en diversos momentos de su vida. Estas experiencias no pueden dejar de ser vislumbradas en el contexto en que se da una merma del trabajo de Luisa, como odontóloga autónoma, y donde mantener su casa se torna una odisea.

Uno de los horizontes que persigue este escrito, enmarcado en una revisión contemporánea de los conceptos de Weiner que tiene lugar en este número, conlleva a rumiar la operatividad de la proposición analítica y teórica de Weiner para comprender el mundo urbano contemporáneo. Aun los sesgos, sobresaltos y riesgos que esta invitación pudiera suponer, percibir las vidas desde enfoques interdisciplinarios puede al menos, como dijo

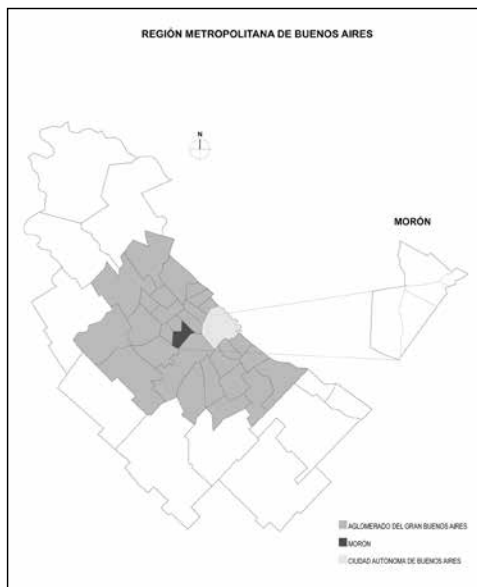
la antropóloga Annette Weiner, llevarnos a un “resurgir” comprensivo tal vez menos obvio, quizás menos aparente.

Precisiones metodológicas de una etnografía doméstica

Este trabajo se desprende de mi investigación doctoral realizada entre 2015-2019⁶ donde, desde un enfoque y método etnográfico, indago las formas de constitución de “la casa apropiada” y la vida doméstica para cuatro familias de sectores medios que residen en el Municipio de Morón. Concibo a la etnografía como una disposición analítico-reflexiva y de construcción epistémica que me posibilita aprender sobre los “mundos vívidos” de las personas (Quirós, 2014) y penetrar capilarmente en sus vidas para construir así puentes de saberes. Como señala Wolf: “...el antropólogo, adoptando la perspectiva del topo, percibe los sistemas microcósmicos, las relaciones que están muy por debajo de la observación superficial” (Wolf 1964 en Hermitte, 2002, p. 232).

El trabajo de campo incluye la “observación por medio de la participación” (*participant-observation*) (Hermitte, 1968) y entrevistas no directivas. La delimitación de las familias en términos amplios surgió a partir de ciertos observables que me permitieron establecer una aproximación heurística a los sectores medios en la zona trabajada –a sabiendas de lo problemática de esta delimitación–⁷. Para este artículo, utilizo material analítico que surge de las notas de campo correspondientes a los años 2016, 2017 y 2018 de la familia de Luisa. Este trabajo me llevó a permanecer y transitar la esfera doméstica de esta y otras familias en donde el lazo de confianza y cercanía, poco a poco, fue generando un tipo de intimidad significativa para la realización de una etnografía de largo aliento.

El Municipio de Morón es un partido ubicado en el denominado conurbano bonaerense –en alusión al área circundante de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires– que, según el Censo 2010 (INDEC), cuenta con 321.109 habitantes y una superficie de 56 km (Mapa 1). De acuerdo con este mismo censo, en esta zona sólo un 4,72 % de la población tenía Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI).



Mapa 1. RMBA, AGBA y Municipio de Morón.

Antaño, este municipio fue la opción de veraneo privilegiada para los sectores acomodados del país (Sáez y Birocco, 2010). De manera reciente, esta zona ha vivido una revitalización urbana a raíz de su expansión inmobiliaria (Kamitz, 2015). Luisa reside en un barrio ubicado en Morón Sur (localidad de Morón, cabecera del municipio) una zona poco estudiada con relación a los sectores medios⁸ la cual no ha formado parte de dicha expansión inmobiliaria. Su casa se encuentra a unas cuadras de una avenida que resulta ser una arteria principal de comunicación con otros puntos del municipio (Foto 1).



Foto 1. Tríptico de Morón Sur y sus casas.

Desnaturalizar la casa: habitar y poseer

Los estudios sobre el habitar y la construcción del hábitat tienen larga data en ciencias sociales y humanidades. Cabe precisar que habitar es apropiarse de un espacio, incluso a veces, produciendo un tipo de apego. De hecho, algunos trabajos al respecto establecen un vínculo entre habitar y construir (Heidegger, 1984), habitar y enraizar (Bollow, 1993) y habitar y mostrar y mostrar-se (Yory, 1999)⁹. Hay tantos modos posibles de habitar como personas y territorios, así como también de vivir y proyectar (se) en una casa. Cuando inicié mi etnografía, para Luisa el habitar se limitaba estrictamente a su presente y a “compartir” su vivienda familiar. Sin embargo, con el paso del tiempo y los trastocamientos personales y familiares ella fue modificando y viviendo de otra manera su relación con dicha espacialidad así como con sus posesiones.

Weiner (1976), en *Women of value men of renown*¹⁰, estudia el habitar de las mujeres trobriandesas y su contribución a la producción de valor local en esta población. Mediante su análisis sobre la elaboración de polleras como hecho cultural fundamental Weiner pone en evidencia prácticas y bienes que intervienen en el hacer cotidiano y político de las aldeas. Este hacer produce riquezas para las mujeres y conlleva a establecer variados puentes entre su presente y su pasado por medio de relatos y experiencias previas; las cuales prolongan la vida de lo que se tiene y se rememora.

Durante casi cuatro años de trabajo de campo, al mismo tiempo que escuchaba “relatos de llegada a la casa” y observaba como las personas mantenían y gestionaban sus moradas, identifiqué cómo Luisa ejercía una *curaduría* en el espacio que habitaba, tornándolo una herramienta mediante la cual llevar adelante el proyecto de “apropiar compartiendo”. Para ella, “la casa” se vivía e interpretaba como una suerte de proyecto vitalicio que incluía contradicciones, discusiones y emociones, en el marco de etapas tan diversas que ya no incluía en términos estrictos, a la configuración familiar por la cual adquirió su *casa propria* con su exmarido.

Cuando inicié mi etnografía en 2015, Luisa vivía en una casa familiar frente a una plaza localizada en un barrio de Morón Sur. Su casa era grande y amplia, pues había sido planificada por ella y su ex-marido Gerardo, en la década de 1990, para albergar y criar juntos, a sus cuatro hijos/as. El terreno era aproximadamente de 10 x 20 mts., tenía una estética tipo *chalet*, con ladrillos a la vista y celosías de madera y techos altos. La construcción tenía un patio delantero. Su timbre no funcionaba hace años, por lo que había que tocar una campana para entrar. Las dos plantas, los tres baños, los cinco cuartos y el patio del fondo parecían vertebrar un proyecto del ciclo vital familiar pasado, del cual Luisa buscaba salir. Ella consideraba que si no le daba vida a su casa se iba a tener que ir, pero que la venta parecía bastante imposible, dado que no encontraban comprador y estaban en medio de “idas y vueltas” con Gerardo. Estos limitantes ensombrecían su experiencia en dónde habían pasado de vivir seis personas, a hacerlo cinco, cuatro, tres, dos y, en breve, estaría ella sola. Luisa me comentó que durante toda su vida cambió de casas, recorrió distintos barrios y habitó diversas construcciones, en el marco de un itinerario habitacional caracterizado por la “movilidad interresidencial” (Faus y Pons, 2020). Sin embargo, expresó lo mucho que le costaba dejar su casa, porque era parte de una experiencia intergeneracional consagratória que se iniciaba con la migración de su padre y madre.

Un ciclo dentro de otro ciclo: vida y desprendimiento

1. De las peores tierras y la casilla al cuarto-a-cuarto

El papá de Luisa, Don Vera, era oriundo en un pueblo cercano a la ciudad de Asunción (Paraguay) llamada Azaacapá. Antes de conocer a su mamá, Doña Duarte, él tuvo otras parejas e hijos. Cuando se conocieron con Doña Duarte, ella fue quién le propuso viajar a Buenos Aires. Según me comentó Luisa, una tarde él le dijo algo como: “yo me voy a casar con vos” a lo que ella contestó: “sí pero solamente si nos vamos a vivir a Buenos Aires, porque mi sueño es vivir en Buenos Aires”. Así es como Luisa comenzó su relato atado a su primera casa: Argentina.

Luisa siempre me remarcaba que para muchos/as paraguayos/as Buenos Aires era un gran centro. Poniendo como reflejo un tipo de imaginario que establecían algunos habitantes de Argentina con ciudades como Nueva York y, que ella pudo apuntar eso al viajar por América Latina. Don Vera y doña Duarte se casaron, tuvieron a Luisa (en 1954) y a los pocos meses vinieron a Buenos Aires. Cuando llegaron, Don Vera se contactó con un amigo de él que le tendió puentes y contactos. “Don Vera era muy buen artesano, muy, muy buen zapatero” dijo Luisa, lo que le permitió instalarse en Buenos Aires y conseguir trabajo. Inicialmente lo hicieron en una villa de emergencia en zona sur, por la localidad de Bernal (Municipio de Quilmes). Esos años fueron complejos para desarrollar a criterio de Luisa: “una vida bien”. Allí tuvieron problemas porque la casa se inundaba a causa de la subida del arroyo; con el tiempo ella entendió que esas eran “las peores tierras”. Luisa rememoró que no vivían en las mejores condiciones edilicias, aunque su casa estaba siempre “limpia y ordenada”, valor que siempre recalca Doña Duarte al referir a su morada. Años después, un compañero de Don Vera le comentó de un loteo de tierras para comprar en cuotas en Morón Sur, en el mismo barrio en donde ahora vive Luisa. Comenzada la década de 1960, compró un lote cerca de su amigo. Su mamá tuvo una sola amiga correntina y, de hecho, ya embarazada de su hermano, vuelve a Paraguay para tener a su hijo allá. Para su familia era fundamental ir arraigándose a la tierra, “como se pudiera” y más importante aún, estar cerca de compadres y conocidos/as. De esta manera el ciclo vital de su padre y madre se amalgamaba con un asentamiento geográfico para proyectar una vida en un país cerca de “los suyos”:

...de ahí comienza, primero una casilla en el fondo... chapas, y bueno, hasta que... tengo un tío, un hermano, una hermana de mi mamá, de mi papá, que son de Don Torcuato, que estaba casada con un albañil, entonces mi tío Arli... Calixto todos los sábados o domingos venía, mi papá preparaba todos los materiales y empezaban a hacer la casa... de material, primero una habitación, después otra, el bañito en el fondo, después el bañito incorporado, o sea, todo ese progreso que... que, también, lo daba la exigencia... de la necesidad y de lo que ellos iban viendo como progreso, porque, por ahí, de los lugares que ellos venían no existían tampoco esas comodidades, viste (Entrevista etnográfica con Luisa, julio 2017).

Luisa señaló que las ideas de progreso eran articuladas en una casa que “se hace de a poco”, “cuarto a cuarto”, los fines de semana, con ayuda de la familia y de diversos compadres de Paraguay. La temporalidad extendida era parte de un proyecto de largo plazo que incluía a diversos actores. Asimismo, ese progreso se tornaba, en parte, tangible en la misma estructura edilicia de la casa que tuvo en su infancia. En el “mientras tanto”, la casa consolidaba el proyecto identitario sobre el cual su mamá intentaba incorporar a sus hijas e hijo, diversos modos de “lo correcto” y “lo limpio”, clasificaciones que se plasmaban en cómo se mantenían los ambientes en la casa y como Luisa –junto a su hermana y hermano– se dividían para cuidar distintas partes de la casa a los fines de que “se vean bien”. Ella descubrió que, en parte, sostener el proyecto de la casa, venía con un conjunto de desapegos y desprendimientos: el guaraní, lengua de sus padres, tomar mate y relacionarse con paraguayos/as. “Sacrificios” que su mamá marcaba como necesarios para vincularse con sus “compañeritos/as” de la escuela.

La presencia de lo correcto como vara desde la cual organizar quehaceres o decidir si tener o no algo, también fue moldeándose con objetos y actividades domésticas y extradomésticas. En la primera casa familiar de Luisa, lo doméstico y el trabajo estaban entretrejidados. La madre de Luisa era modista y cosía en su casa. Ella y su hermana colaboraban con el trabajo de su familia, como dice Luisa “trabajar en casa era trabajar en familia”, incluso me comentó que cuando ella era chica armaban la ropa para la muñeca *Yoli Bell*¹¹. Mientras su madre trabajaba en la casa, su padre se iba al barrio de Flores, Capital, donde se desempeñaba como zapatero de marcas internacionales. En la escuela secundaria –el normal de Morón– Luisa conoció a Gerardo. Con él empezó un noviazgo, ambos iniciaron carreras universitarias (odontología y abogacía) y luego se casaron. Tras el casamiento, se fueron a vivir a la casa de los padres de él, en El Palomar (otra localidad del Municipio de Morón). Esto implicaba salirse del ciclo habitacional familiar para comenzar un ciclo propio compartido, en ese entonces, con Gerardo.

2. Del departamento “arriba de los suegros” a la “casa independiente”

Luisa y Gerardo se fueron a vivir a la casa construida dentro del terreno –“arriba de”– la construcción de sus suegros. Aunque Luisa estaba alejada de sus padres, entendía que era parte del proceso de inversión en el camino de constituir una familia y que eso incluía “ahorrar” para llegar a tener una casa familiar propia y organizada de acuerdo con criterios y necesidades que se ajustasen a ellos. El ciclo empezaba en un apéndice de otra casa, podría decir que era un ciclo material dentro de otro.

Cuando nos casamos nos vamos a Palomar a vivir. Cuando nosotros nos pusimos de novio (Gerardo me dice): “mirá, mi papá nos hizo un departamento a mi hermano y otro a mí”, que el papá era un tano muy, muy fuerte, viste, amoroso... amoroso, no por amorosidad, pero amoroso en su sentido, de lo que él sentía de lo que era la generosidad, había que interpretarlo, viste... luego llegó la etapa de progresar, tener tu propia casa, fomentar todo eso, bueno, al inicio, era una casita pequeña que teníamos allá, un departamento y... un amigo de

mi papá, Juan, que era albañil, le dijo: “vos sabes que hay un terrenito que está justo frente a la plaza, le vendría tan lindo a Luisa”, dice: “por si quiere comprar un terreno, porque es grande y parece que está a un buen precio” dice. Y así fue, lo compramos, y después empezamos los ahorros. Gerardo trabajaba en una empresa y uno de sus mejores amigos era arquitecto y le dijo “yo, te hago el diseño de tu casa”, en ese momento no teníamos a Rosario, cuando estaba el proyecto de la casa. El amigo le hizo el cálculo del hierro, el de cemento, la cal, la piedra, los ladrillos, todo. Y como en Palomar se inundaba, pasamos épocas muy malas... de inundación... él quería vender para comprar otra cosa pero no se podía vender porque era de los padres, a pesar de que supuestamente no era de ellos... Sea como sea, yo el primer día que se inundó mi casa... que entró agua por la ventana y yo tenía todos los regalos del casamiento todavía, artefactos, todo así en un modular, todo en la parte de abajo... dije basta y empezamos con la construcción (Entrevista etnográfica con Luisa, agosto 2018).

Luisa comentó que estas experiencias traumáticas con la inundación, la pérdida de objetos, recuerdos y bienes, los empujaron a irse con mayor rapidez de la casa que habían construido sus suegros para Gerardo. “No podíamos guardar” me comentó preocupada y con tristeza. Ella señaló que este proceso “no fue fácil” y que si bien contaron con un arquitecto para armar el proyecto, tuvieron que tomar diversas decisiones. Cuando él armaba el proyecto les dijo: “arrancamos por la planta baja” a lo que ellos respondieron “no, porque en la planta alta van a dormir nuestros hijos/as, hay que empezar por ahí”. Armaron una estructura edilicia de dos plantas y priorizaron la construcción y terminaciones de la planta alta para poder mudarse con sus hijos/as. Cuando estaba construida la planta alta, Luisa me explicó que en un comienzo, un cuarto de la planta baja de la casa era usado por Gerardo para recibir clientes. Ella ya era odontóloga y se le complicaba con cuatro hijos/as para hacer todo. Entonces, luego de la apertura del estudio de Gerardo en Haedo, ella empezó a atender consultas odontológicas en la habitación de la planta baja a clientes particulares. Sin embargo, Luisa notó que nunca se sabía muy bien “quién entraba”, más allá que era conocido de un conocido, así que luego, por medio de un crédito, compró una casita a unas cuadras de su casa –sobre la Avenida– para comenzar a armar su consultorio, otra edificación en la que ella “puso el cuerpo”. Gran parte de su vida y de la crianza de sus hijos e hija fue en esta casa familiar utilizada para diversas funciones. Durante las décadas de vida en su casa de Morón Sur, trabajos del colegio, uniformes, piezas de arte, de música, palos de hockey, pinturas, ropa y diversos implementos se habían acumulado como parte de la configuración cotidiana impresa en los mismos ambientes. Ahora Luisa, podía construir recuerdos, acumular objetos que hablaban de la vitalidad de su casa amén de la demanda de atención y servicio que suponía esta morada. Décadas más tarde, tras separarse de Gerardo ella comenzó a “depurar” y “vaciar” la casa para “hacerla más suya”. No se trataba únicamente de “tirar” sino de seleccionar aquello que “le hace bien”, lo que incluía diversas piezas artísticas que ella misma produjo a lo largo de los años en variados talleres de manualidades que había llevado adelante. En su búsqueda estaba la idea firme de que no podría habitar su casa de otra manera si sus hijos/as no sacaban algunos objetos y bienes que parecían cumplir su ciclo.

3. Casa familiar: nace, se desarrolla y se intercambia

Con una casa grande, ingresos que mermaban y la partida de sus hijas, Luisa comenzó a consultar diversos recursos que le permitieran reconectar “con” y “en” su casa. Entre ellos, la escucha atenta de audiolibros no faltó. Los consejos y técnicas del método KonMari fueron importantes para revitalizar su modo de ser y estar en la casa “de otra manera”. Este método, iniciado por la empresaria japonesa Marie Kondo, suponía desprenderse de lo que no se usaba para ordenar y organizar el lugar donde se vivía para alcanzar la “felicidad”, según Luisa, “darle paz y tranquilidad”. En esta propuesta, principios del Feng Shui parecían colarse entre los sentidos y las explicaciones que la misma Luisa daba a cada cambio espacial que emprendía, priorizando “el verde” y las cosas que la ponían a ella en “tiempo presente” en cada acción que realizaba. Esto implicaba pedir a sus hijos/as que fueran a sacar de las cajas todo lo que se había acumulado y también que decidiesen sobre qué tirar y qué no. Sus hijos/as consideraban que la casa familiar era “para siempre”, por lo que nunca terminaban de llevar y sacar realmente todas sus posesiones y objetos. Luisa cuidaba de sus nietos/as –hijos de Jaime, su hijo mayor– e intentaba hacer de su casa, una casa para todos/as. Luisa optó por quedarse con unos pocos objetos, especialmente aquellos sentimentales vinculados con la crianza de sus hijos/as, como ser un conejo de peluche que habían tenido su hija mayor en su infancia.

Entre sus tácticas estuvo la de renovar artefactos de su casa, iniciando una compra de bienes de acero inoxidable, para actualizar electrodomésticos, hacer un mejor uso de “lo que tenía”, invitar a amigos/as a comer y poder auspiciar de anfitriona en un espacio que le fuera cómodo y afín. Aún estas acciones, no estaba contenta con las paredes fragmentando la planta baja que, por ejemplo, no le permitía compartir con sus comensales mientras cocinaba. Esta incomodidad tenía que ver con que el diseño de antaño de la vivienda, priorizaba las divisiones y los cuartos separados como modo de mantener la privacidad, pero ya no le resultaba acorde a su ciclo vital y al tipo de vida que quería. A medida que destinaba recursos y esfuerzos notaba que esto no prosperaba. Una parte suya percibía que su casa había cumplido un ciclo. Si bien Gerardo y ella habían tomado la decisión de venderla, lo que suponía que Luisa tuviera la casa lista por si potenciales compradores/as quisieran ir a verla, eso la obligó a “sacar” objetos con mayor rapidez pero la venta no prosperaba. Durante estos años Gerardo vivió en la casa que le habían hecho sus padres, rearmando su vida con diversas parejas mientras que Luisa intentaba ya, hacia el final de mi etnografía, “salir” de su casa.

Al final de mi trabajo de campo, Luisa me dijo que “estaba cansada de mantener cosas porque sí”, me di cuenta de esto porque amén de los artefactos nuevos, la casa se estaba “viniendo abajo”: la pintura, las paredes, sostener la limpieza de tantos ambientes, el mantenimiento, la seguridad; todas estas variables se jugaban cada vez que estábamos allí. Sus hijos ya no estaban, ella estaba construyendo otros vínculos y sus hijas estaban prontas a mudarse. Luisa se quería ir y armar una casa “a su gusto”, que coincidiera con su vida actual, que no implicaba un día a día ni en pareja ni con sus hijos/as. Uno de sus hijos vivía con su pareja y sus hijo e hija –nietos/as de Luisa– a tan sólo unas cuadras. Habían comprado un PH y lo habían *aggiornado* para vivir ahí. Sin embargo, le dijeron a Luisa, que ya “les quedaba chico”. Tras meditarlo durante varios meses y en vista que no prospe-



Foto 2. Objetos y espacios del PH habitado por Luisa en Morón Sur.

raban ni los acuerdos con Gerardo ni la venta, le propuso a su hijo qué le parecía si ellos se mudaban a la casa y ella al PH. A modo de establecer un arreglo práctico, dado que ni a Luisa le convenía su casa ni a él y su pareja le era funcional el PH. Jaime dijo que sí, el intercambio incluiría reformas de ambas partes, de acuerdo con lo que querían y necesitaban; ninguno/a puso objeciones; tampoco Gerardo, puesto que esto no implicaba ningún ajuste contractual. Entonces ambos se mudaron. Luisa inició obras para tener un pasillito/jardín, ponerse puertas de doble hoja, que emulaban un edificio antiguo y repintar todo el interior (Foto 2). Su premisa ahora era el orden, la luz, el espacio abierto y sentirse cómoda. Para poder finalizar, al menos provisoriamente su mudanza, compró un conjunto de objetos y artefactos; también se trajo al PH las cosas afectivas que había acumulado. Como me dijo: “para mí empezó una nueva etapa”, una nueva etapa que prometía otro ciclo en su vida, otra casa en su experiencia y la reactualización de un habitar que involucraba ponerse a ella misma a cultivar, ordenar y armarse de objetos que contribuyeran a su bienestar. En este sentido, habitar parecía hilvanarse con diversos ciclos vitales biográficos y materiales que tenían a la vivienda y a los objetos personales, artesanales y de la infancia de sus hijos/as como protagonistas de su vínculo.

A modo de cierre: intercambiar para regenerar

Comencé este artículo con una cita de Annette Weiner vinculada a la “regeneración”, como un modo bajo el cual reconectarse consigo mismo, con otros/as y con el entorno.

Resulta que los modos de habitar implican un conjunto de maneras posibles desde las cuales producir lazos significativos con las geografías en las que edificamos nuestras vidas. Este proceso implica relatos y experiencias previas que no pueden hacerse a un lado al momento de analizar y comprender el presente habitado. Las huellas materiales que trazamos en nuestra “movilidad residencial” atraviesan los procesos de identificación y desidentificación con el espacio. En mi trabajo de campo la casa aparece como deseo, presente, proyecto e intercambio. En parte, la vitalidad de su espacialidad no puede desentenderse de otras experiencias y ensamblajes materiales y biográficos necesarios.

En su habitar, Luisa pasó de la casa en un asentamiento en un humedal a orillas del riachuelo a un terreno en la localidad de Morón Sur. De allí, se mudó a la casa de sus suegros en El Palomar, y luego, construyó, con quien era entonces su marido, una “casa propia”. Hoy vive en un PH, a unas cuadras de la que fuera la casa en donde ahora vive su hijo. El intercambio intrafamiliar le permitió recrear un lazo con su habitar. Asimismo, que su hijo Jaime viva en su casa familiar implica un modo de seguir vinculada a esta materialidad aun no estando en ella, y, así, compartir anécdotas comunes también con sus nietos/as. Luisa entiende que la relación que establecemos las personas con nuestras viviendas y las cosas que allí depositamos nos (re)conectan. Entiendo a partir de dicha experiencia que la vitalidad no se articula únicamente con un dinamismo propio de la lógica práctica en el cotidiano, sino que se anuda con derroteros materiales e intergeneracionales. En estas vivencias, las mujeres narran los itinerarios y sus vínculos con las casas y también las mantienen y sostienen –como Doña Vera, Luisa y su hermana– en pos de consolidar un proyecto familiar vitalicio.

En este artículo, retomar a Weiner me permitió considerar la casa como un tipo de posesión cuya (in)alienabilidad se entiende en el marco de ciclos vitales y residenciales cuyo pasaje depende de arreglos patrimoniales diversos, como tácticas de resignificación del habitar. En efecto, el intercambio como regeneración resulta ser una forma de retener una posesión, aun sin ser Luisa quien la habite. Ahora es su hijo con su pareja y sus nietos/as quienes lo hacen: transformándola, decorándola y ocupándola.

En un mundo que se piensa más fragmentario, con viviendas independientes en auge y decisiones orientadas a “lo propio”; recuperar a Weiner me sitúa dentro del desafío analítico de comprender la dimensión de ciclos interconectados entre biografías, generaciones y materiales. A decir, queda abierto el interrogante sobre otros ciclos vitales posibles en diversas latitudes de América Latina y el mundo, así como pensar sobre las formas en que la propuesta de la *regeneración afectivo-habitacional* se plasma en el habitar doméstico de las personas.

Notas

1. Este escrito se vio nutrido por comentarios previos en el marco del Grupo de Estudio y Trabajo Cosas Cotidianas (COCO) con lugar de trabajo en el Centro de Antropología Social (CAS-PAS/CIS-IDES-CONICET) y sugerencias y apuntes de colegas en el

marco del Congreso Latinoamericano de Diseño UP y en las IX Jornadas de Etnografía y Métodos Cualitativos en el Simposio “Annette Weiner. La etnografía de los objetos”.

2. “Casa” fue la categoría utilizada por mis interlocutores/as para referir una y otra vez al lugar donde viven, sienten, recuerdan y vertebran quiénes son y quiénes pueden ser, como una materialidad que cristaliza posibilidades y constreñimientos a la vez que traduce disposiciones prácticas, creaciones e innovaciones como una forma de intervenir el mundo.

3. En este escrito cuando refiero a cosas (*things*) lo hago con énfasis en su sentido material a la vez que, siguiendo a Arjun Appadurai (2006), considero que las “cosas” pueden contener propiedades y características propias de las personas, no siendo exclusivas de estas últimas.

4. A los fines de este artículo utilizaré el concepto de sectores medios y no de clases medias apoyándome en lo señalado por parte de la literatura sobre lo problemático de ciertos usos de la noción de clases medias al ser empleada como objetiva e universal tendiente a homogeneizar las características de acuerdo a los criterios del investigador y experto (Visacovsky, 2008). Sin embargo, la alusión explícita o implícita a la idea de clase media se escurre en los discursos y prácticas de las personas con las que realizo trabajo de campo.

5. Igor Kopytoff (1986), al analizar los suku de Zaire, decía que para ellos la expectativa de vida de una choza podía alcanzar los diez años y que, cuando “muere”, se convierte en una casa de huéspedes, el hogar de una viuda o bien una guarida o refugio para adolescentes (Kopytoff, 1986, p. 92). En su análisis, la choza parece cuando terminan por comerlas las termitas. Este contrapunto es interesante porque plantea otro ciclo vital posible de la morada.

6. Respecto al contexto socio-histórico y político local, cabe decir que entre 2015-2019 se encontraba a cargo del ejecutivo nacional Mauricio Macri. Su accionar político a cargo del Estado en sus diversos niveles produjo un daño económico y societal de significativa envergadura. Un informe elaborado por el Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica (CELAG) en 2018 caracterizó la situación económica con el siguiente diagnóstico: “Recesión, inflación récord, pobreza y desempleo en ascenso son los resultados en materia económica que el Gobierno tiene para exhibir...” (Wahren et al., 2018, p. 24). Ciertamente es que tal panorama impactó en la población que vio erosionado su poder adquisitivo, su capacidad de compra y la posibilidad de proyectarse a un futuro de mediano y largo plazo con relación a sus pautas de residencialidad y de vida.

7. Estos observables (como ser, la extensión y estética de la casa, la zona en la que se sitúa, la escolaridad de sus hijos y su tipo de gestión, el acceso a servicios de salud, entre otros) se complementaron con dimensiones como: la ocupación e ingreso y la autoadscripción de estas personas a este sector social.

8. Muchos trabajos dedicados a analizar las prácticas vinculadas al habitar de las clases medias y medias-altas en las últimas décadas, se han orientado a un segmento que tiene como elección y posibilidad las urbanizaciones cerradas (incluso *countries* o clubes de campo) en la zona norte y noroeste del conurbano bonaerense (ejemplo Girola, 2006), en los cuales prolifera la contratación de bienes y servicios tanto orientados al consumo y a cierto “buen vivir”.

9. Cabe destacar que de manera reciente desde la antropología social y cultural, se generó un renovado interés en analizar la casa como un entramado social y simbólico bajo el cual se desarrolla la vida doméstico-afectiva. Para una tematización sobre este tópico a nivel internacional se sugiere consultar el trabajo de Samanani y Lenhard (2019).

10. En dicho libro la autora destacó como en la sociedad trobriandesa el valor se reafirmaba en las cualidades simbólicas integradas en los objetos de intercambio de dicho grupo denotando elementos de fertilidad, sexualidad e inmortalidad. Donde las mujeres eran parte fundamental de dos momentos del ciclo de vida –rituales del nacimiento y la muerte– objetificando su poder mediante polleras (*skirts*) y paquetes/manojos (*bundles*) y en efecto, participando de la vida pública y cosmológica.
11. Empresa de juguetes que tenía una línea de muñecos llamada “Mi bebé”.

Bibliografía

- Appadurai, A. (2006). The Thing Itself, en *Public Culture*, 18 (1), 15-22. <https://doi.org/10.1215/08992363-18-1-15>.
- Bollnow, O. (1993). El hombre y su casa, en *Revista Camacol*. 16, 56.
- Faus, M. M., y Pons, S. C. (2020). Itinerarios de movilidad y precarización: Experiencias y narrativas infantiles sobre la crisis habitacional, en *Revista Española de Sociología*, 29 (2), Article 2. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2020.14>
- Girola, M. F. (2006). Procesos de transformación urbana en la Región Metropolitana de Buenos Aires: una mirada sobre el avance de la ciudad-negocio, en *Intersecciones en antropología*, 7, 361-374.
- Heidegger, M. (1984). Construir, Morar, Pensar. Traducción de Samuel Ramos, en *Revista Camacol*. 12, 2-39.
- Hermitte, E. (2002). La observación por medio de la participación, en Visacovsky, S. y Guber, R. (comps.) *Historia y estilos del trabajo de campo en Argentina* (263-287). Buenos Aires: Antropofagia.
- Ingold, T. (1995). Building, dwelling, living: How animals and people make themselves at home in the world, en Strathern, M. (Ed.) *Shifting Contexts* (pp. 57-80). NY & London: Routledge.
- Kamitz, R. (2015). *Condominios Urbanos. Análisis sobre el polo residencial de Ramos Mejía, Haedo y Villa Sarmiento. Alternativa para la revalorización de enclaves urbanos en áreas potenciales para el desarrollo inmobiliario*. Tesis de Maestría, Universidad de Belgrano, Repositorio de tesis Universidad de Belgrano.
- Kopytoff, I. (1986). La biografía cultural de las cosas: la mercantilización como proceso, en Appadurai, A. (Ed.), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías* (pp. 89-122). México: Grijalbo/Conaculta.
- Ohanian, J., Faccio, Y. y Blanco Esmoris, M.F. (2020). Annette B. Cohen/Weiner: notas sobre una trayectoria antropológica singular, en *Cuadernos de Antropología*, 30 (2), 1-15. DOI 10.15517/CAT.V30I2.41122
- Quirós, J. (2015). Etnografiar mundos vívidos. Desafíos de trabajo de campo, escritura y enseñanza en antropología, en *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, 0 (17), Article 17. <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/publicar/article/view/4914>.
- Sáez, G. L. y Birocco C. (2010). *Morón, de los orígenes al bicentenario*. Municipalidad de Morón.

- Samanani, F. y Lenhard J. (2019). House and home, en *The Cambridge Encyclopedia of Anthropology*. <https://www.anthroencyclopedia.com/entry/house-and-home>
- Visacovsky, S. (2008). Estudios sobre 'clase media' en la antropología social: una agenda para la Argentina, en *Avá Revista de Antropología*, 13, 9-37.
- Wahren, P.; Harracá, M. y Cappa, A. (2018). A tres años de Macri: balances y perspectivas de la economía argentina, en *Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica*. CELAG _BALANCE.
- Weiner, A. (1976). *Women of Value, Men of Renown: New Perspectives in Trobriand Exchange*. Austin: The University of Texas Press.
- Weiner, A. (1980). Reproduction: A replacement for reciprocity, en *American Ethnologist*, 7(1), 71-85. <https://doi.org/10.1525/ae.1980.7.1.02a00050>
- Yory, C. (1999). *Topofilia o la dimensión poética del habitar*. Pontificia Universidad Javeriana.

Abstract: In this article I analyze the housing experience of Luisa, a middle-class professional living in Morón Sur (Municipality of Morón, Province of Buenos Aires, Argentina), who, through the exchange of her “house”, restores her link with inhabiting. I focus on past and present experiences to frame the meanings that are embodied in the materiality of housing, closely related to life cycles and biographical milestones. To this end, I recover Annette Weiner’s (1976, 1980) proposal to consider the way in which human experience is embedded in diverse materialities. Based on this analysis and as my personal contribution, I refer to the analytical category of housing-affective regeneration.

Keywords: life cycle - houses - regeneration - ethnography - Weiner.

Resumo: Neste artigo analiso a experiência habitacional de Luisa, uma profissional de classe média que vive em Morón Sur (Município de Morón, Província de Buenos Aires, Argentina), que através do intercâmbio da sua “casa” restabelece a sua ligação com a sua habitação. Em particular, concentro-me nas experiências passadas e presentes para enquadrar os significados que estão incorporados na materialidade da habitação, intimamente relacionados com os ciclos da vida e os acontecimentos biográficos. Para este fim recupero a proposta de Annette Weiner (1976, 1980) orientada a considerar a maneira como a experiência humana é incorporada em diversas materialidades. Com base nesta análise e como contribuição pessoal, refiro-me à categoria analítica da regeneração afetivo-habitacional.

Palavras chave: ciclo de vida - casas -regeneração - etnografia - Weiner.

[Las traducciones de los abstracts fueron supervisadas por el autor de cada artículo]
